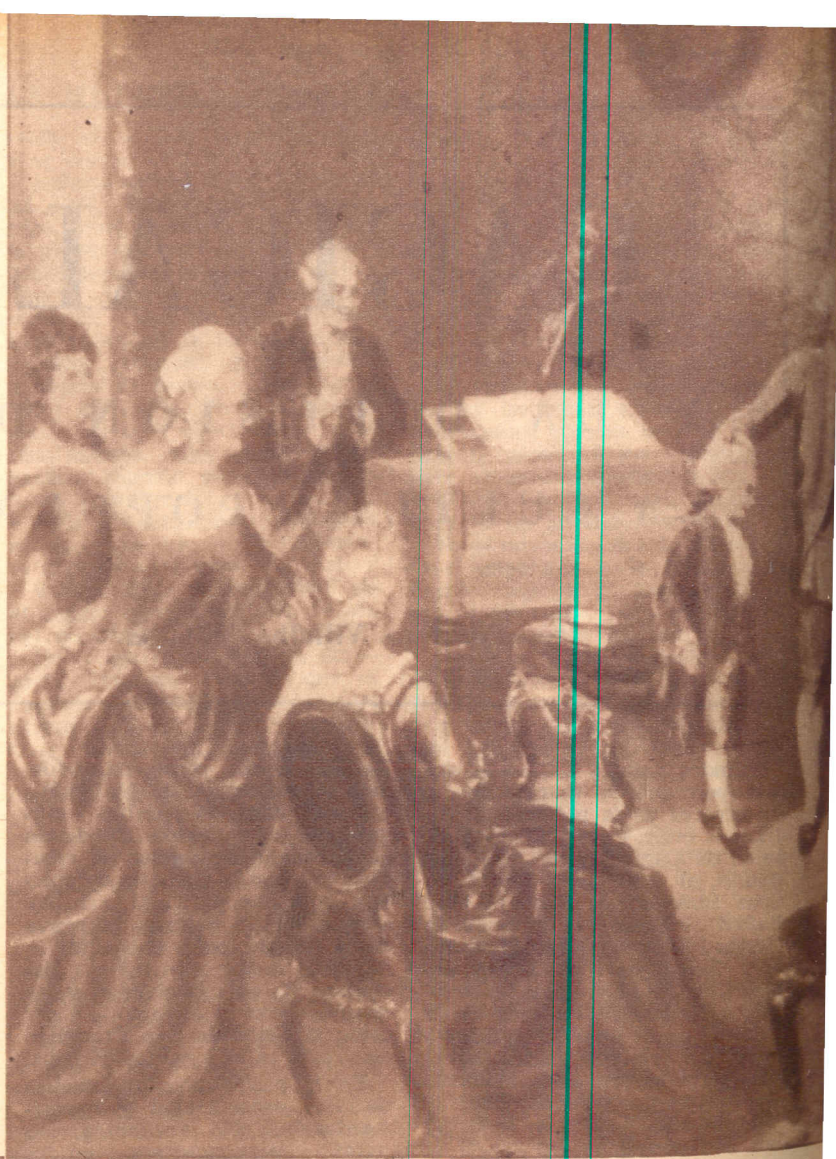


LA TRISTE VIDA DE

Mozart

Considerado unánimemente como una de las más bellas y acabadas expresiones de la alegría de vivir, la música de Mozart resulta una curiosa paradoja, porque pocas existencias fueron más desventuradas que la del maestro de Salzburgo, aclamado como quizás el más grande de los compositores y, no obstante, perseguido por la miseria en la vida y en la muerte, al punto que ni siquiera se sabe qué fue de sus despojos mortales.



MOZART, con la escasa edad de seis años, junto con su hermana

EL MUSICO PRODIGIO

Habiendo terminado de dirigir la última obra inscrita en el programa, el director de la orquesta dejó caer sus brazos y desdénand saludar al público, se dirigió cabizbajo hacia los bastidores. Por su parte, no obstante los aplausos que llegaban hasta ellos, los músicos le siguieron lentamente.

Desorientados, los espectadores se dispersaron a su vez. Mientras tanto, una joven vestida de luto permanecía sentada en la primera fila de las butacas. El organizador del concierto se acercó a

inmediato de los 3,000 que el difunto les debía. No hubo nadie que quisiera prestar a la joven viuda la suma irrisoria que necesitaba para salir de la dificultad. Algunos amigos compadecidos sugirieron ofrecer en beneficio suyo un concierto con las obras póstumas del maestro de Salzburgo, gracias a esa iniciativa la familia de Mozart pudo recibir aquella noche una suma que jamás había esperado obtener cuando vivía...

EN EFECTO, por una extraña malicia del destino, aquel hombre dotado de un genio musical

Considerado unánimemente como una de las más bellas y acabadas expresiones de la alegría de vivir, la música de Mozart resulta una curiosa paradoja, porque pocas existencias fueron más desventuradas que la del maestro de Salzburgo, aclamado como quizás el más grande de los compositores y, no obstante, perseguido por la miseria en la vida y en la muerte, al punto que ni siquiera se sabe qué fue de sus despojos mortales.



MOZART, con la escasa edad de seis años, junto con su hermana de...

EL MUSICO PRODIGIO

Habiendo terminado de dirigir la última obra inscripta en el programa, el director de la orquesta dejó caer sus brazos y desdénando saludar al público, se dirigió cabizbajo hacia los bastidores. Por su parte, no obstante los aplausos que llegaban hasta ellos, los músicos le siguieron lentamente.

Desorientados, los espectadores se dispersaron a su vez. Mientras tanto, una joven vestida de luto permanecía sentada en la primera fila de las butacas. El organizador del concierto se acercó a ella y le alargó con mano temblorosa un rollo de billetes de banco.

—Una entrada soberbia — le dijo en voz baja—: 3,750 florines. Ahora podrá usted pagar las deudas más apremiantes del pobre señor Mozart.

Esa escena ocurría el 12 de diciembre de 1791, siete días después de la muerte del músico más asombroso que ha conocido el mundo. Cuando Wolfgang Amadeo Mozart exhaló su último suspiro, su vida sólo encontró en sus gavetas un resto de 200 florines. Desde el día siguiente, los acreedores exigieron, bajo amenaza de embargo, el reembolso

inmediato de los 3,000 que el difunto les debía. No hubo nadie que quisiera prestar a la joven viuda la suma irrisoria que necesitaba para salir de la dificultad. Algunos amigos compadecidos le sugirieron ofrecer en beneficio suyo un concierto con las obras póstumas del maestro de Salzburgo, gracias a esa iniciativa la familia de Mozart pudo recibir aquella noche una suma que él jamás había esperado obtener cuando vivía...

EN EFECTO, por una extraña malicia del destino, aquel hombre, dotado de un genio musical incomparable, vivió en la miseria, el apremio y la incompreensión.

Desde su más tierna edad, el amor a la música le consolaba de todo. Su padre, Leopoldo Mozart, era director de la capilla del Príncipe arzobispo de Salzburgo, y su hermana, Nannerl —mayor que él cinco años— era considerada ya una pequeña virtuosa. Bañado en aquellas oleadas de armonía, el niño sorprendía a los que le rodeaban con su maravillosa precocidad. A los tres años, aprendía de memoria, en algunos minutos, difíciles minuets que inmediatamente tocaba al piano sin error.

Al cabo de algunos meses de

◀ MOZART luce en este cuadro el traje de gala que perteneció al Archiduque Maximiliano y que vistió con ocasión de su Concierto ante la Corte.



... años, tocó al piano ante la Emperatriz María Teresa de Austria.

estudios con su padre, componía obrillas para clavicordio: se ha encontrado un álbum de un centio escribió antes de llegar a los siete años. Estupefacto ante los rápidos progresos de su discípulo, el director de capilla temió un momento que Wolfgang padeciera alguna enfermedad mental. En cuanto a su madre —una honrosa burguesa insignificante y sumisa— prohibiase a sí misma intervenir en la educación del niño.

ra un viaje de varios años. Desde los primeros conciertos, Wolfgang eclipsa a su hermana y logra un éxito triunfal. Para demostrar los excepcionales dotes del niño, su padre le obliga a tocar en un piano cuyas teclas han sido cubiertas con un paño grueso. Una noche, en el convento de Ips, la criatura burla la vigilancia de sus padres, se introduce en la capilla e improvisa en el órgano algo de una belleza tan nostálgica, que los monjes fran-

AQUELLA EXISTENCIA desordenada acaba de comprometer la salud del niño. Cae enfermo en varias ocasiones, pero no se queja de su suerte ya que su actividad de virtuoso le dispensa de asistir a la escuela. Gusta de las caras nuevas, de los aplausos, de los cumplimientos, de las luces; pero los interminables viajes en berlina le agotan.

Los baches del camino le impiden escribir las melodias que cantan en su cabecita y el ruido monótono de los cascos de los carruajes perturba sus meditaciones.

Se le encierra con doble llave en un saloncito de la academia. En una habitación inmediata su padre, pálido y nervioso, charla con los miembros del jurado. Estos le afirman que el niño no tiene ninguna posibilidad de triunfar: músicos mejores dotados que él han tenido que darse por vencidos, después de varias horas de esfuerzos, por las dificultades de la empresa.

Transcurren veinte minutos en discusiones y, de pronto, Leopoldo Mozart pone oído atento: llaman.



MOZART pocos años antes de su muerte.



CONSTANCIA asistió a Mozart hasta que exhaló el último suspiro.



...ce años, tocó al piano ante la Emperatriz María Teresa de Austria.



CONSTANCIA asistió a Mozart hasta que exhaló el último suspiro.

estudios con su padre, componía obrillas para clavicordio: se ha encontrado un álbum de un centenar de piezas que el niño prodigio escribió antes de llegar a los siete años. Estupefacto ante los rápidos progresos de su discípulo, el director de capilla temió un momento que Wolfgang padeciese alguna enfermedad mental. En cuanto a su madre —una honrosa burguesa insignificante y sumisa— prohibíase a sí misma intervenir en la educación del niño.

ra un viaje de varios años. Desde los primeros conciertos, Wolfgang eclipsa a su hermana y logra un éxito triunfal. Para demostrar los excepcionales dotes del niño, su padre le obliga a tocar en un piano cuyas teclas han sido cubiertas con un paño grueso.

Una noche, en el convento de Ips, la criatura burla la vigilancia de sus padres, se introduce en la capilla e improvisa en el órgano algo de una belleza tan nostálgica, que los monjes fran-

AQUELLA EXISTENCIA desordenada acaba de comprometer la salud del niño. Cae enfermo en varias ocasiones, pero no se queja de su suerte ya que su actividad de virtuoso le dispensa de asistir a la escuela. Gusta de las caras nuevas, de los aplausos, de los cumplimientos, de las luces; pero los interminables viajes en berlina le agotan.

Los baches del camino le impiden escribir las melodías que cantan en su cabecita y el ruido monótono de los cascos de los caballos perturban sus meditaciones. Para distraerse, sopla en los cristales de las ventanillas del coche, los empaña y, con el índice, traza en ellos notas musicales.

Para ahorrarse gastos inútiles, Leopoldo Mozart pronto renuncia a llevar consigo a su mujer y su hija: en lo adelante, viajará sólo con su hijo por toda Europa y organizará en torno de aquel una publicidad escandalosa.

De paso en Bolonia, solicita para el joven prodigio el favor de ser admitido en la **Academia Filarmónica**, la más alta distinción de la época para un músico. Los candidatos aspirantes a ese honor deben componer en tres horas una obra de estilo según el entonario gregoriano. Wolfgang dista de tener edad requerida para la prueba, pero se presenta al examen el 9 de octubre de 1770.

Se le encierra con doble llave en un saloncito de la academia. En una habitación inmediata su padre, pálido y nervioso, charla con los miembros del jurado. Estos le afirman que el niño no tiene ninguna posibilidad de triunfar: músicos mejores dotados que él han tenido que darse por vencidos, después de varias horas de esfuerzos, por las dificultades de la empresa.

Transcurren veinte minutos en discusiones y, de pronto, Leopoldo Mozart pone oído atento: llaman a la puerta. El niño ha terminado su trabajo: entra sonriendo bajo su cabellera rizada y le tiende la composición, al decano de la academia. Sólo contiene tres faltas leves y Mozart es elegido por unanimidad.

En esa época, ya ha escrito seis de sus más bellas sinfonías. Su nombre es célebre en toda Europa. Para él, lo porvenir parece claro. Pero al pasar de la infancia a la adolescencia advierte que la ternura, la diversión que provocaba antes, se tornan, poco a poco, en unos celos y un rencor tenaces. Diríase que las mismas gentes que antes le admiraban, le reprochan al hombre el triunfo que le concedieron al niño.

El conde Arno, a quien lleva un magnífico cuarteto inédito con la esperanza de obtener algunas monedas de oro como recompensa,

Por CLAUDE FOURNIER

Versión de ANDRES NUÑEZ -OLANO

La prudencia más elemental debió aconsejar a los padres no apremiar a aquella criatura enfermiza, exaltada y ebria de melodías; pero pronto la ambición de ganancias triunfó en la mente de Leopoldo Mozart de todos los escrúpulos accesorios. Sin consideración para la débil salud del joven prodigio, resolvió exhibirlo en compañía de su hermana en todas las cortes de Europa, como si hubiesen sido animalillos amaestrados.

En enero de 1762, la familia Mozart, amontonada en una vieja berlina, salió de Salzburgo pa-

ciscanos dejan su refectorio, rodean al pequeño virtuoso y le obligan a seguir tocando hasta que, embotado por el sueño, deja caer la cabeza y cierra los ojos sonriendo de felicidad.

En Schonbruun, la emperatriz María Teresa, conmovida le sienta en sus rodillas y le acaricia para agradecerle el que haya ido hasta ella. Y es durante una de esas presentaciones cuando Goethe, que entonces contaba catorce años, asiste por casualidad a uno de los recitales del ya famoso "fenómeno musical de Salzburgo".

MOZART... continuación

le echa a puntapiés después de tratarle de pordiosero, parásito y cretino. El príncipe arzobispo de Salzburgo, personaje grosero e ignorante, le emplea como director de orquesta con el sueldo anual de 26.75 florines, pero le reprende como a un doméstico inútil.

Habiendo escuchado su última sinfonía, el gran elector de Baviera le manda llamar y le dice en tono desdeñoso:

—Vuestra música es demasiado rica. ¡Contiene demasiadas notas!

—Tantas como las necesarias —responde Mozart con dignidad.

O O O

EN EL MISMO PARIS, donde en otro tiempo había sido objeto de demostraciones de estimación y de afecto inolvidables, el público, ocupado en la querrela de Gluck y Paccini, le dispensa esta vez un recibimiento distraído. Casi todos los directores de teatro le vuelven las espaldas. Uno de ellos, Le Gros, que le ha pedido un cuarteto, olvida, sencillamente, hacerlo ejecutar.

Habiendo enfermado Leopoldo Mozart en Salzburgo, el joven Wolfgang ha venido a Francia con su madre; pero, para colmo de desgracia, ésta enferma a su vez y tiene que guardar cama, temblando de fiebre, en un cuartito de la Salzada de Antin. Wolfgang, que entonces cuenta 22 años, corre por la ciudad y mendiga de sus amigos y conocidos el dinero necesario para pagar a los médicos y las medicinas.

Durante esa agonía, que durará 18 días, ninguno de sus protectores de antes accede a socorrerle en sus dificultades. Una noche, al regresar a su alojamiento cansado, desanimado por el fracaso de todas sus gestiones, encuentra a su madre muerta. Saolo, la acompañará al cemen-

Este cuadro de Carmontelle muestra a Leopoldo Mozart tocando el violín mientras Wolfgang toca el clavicordio, y la hermana canta.



terio del Père Lachaise en una cálida mañana de julio.

De regreso a su patria, y a pesar de las obras admirables que ya han sido ejecutadas o representadas bajo su nombre, se ve obligado, para poder subsistir, a aceptar el empleo de profesor de piano y luego a entrar como segundo músico en la orquesta privada de Francisco I de Austria.

Rebajado a la categoría de lacayo, se aloja en un desván del palacio, come en la cocina y oye al propio emperador reprocharle en varias ocasiones los pocos ducados que gana componiendo "música mala". Durante ese período humillante, su única confortación es la admiración que le profesa otro músico genial: Joseph Haydn.

—Existe un hombre que me supera y me superará siempre —decía Haydn—: es Mozart. Sería una lástima dejarle a la posteridad el cuidado de rendirle el homenaje que merece.

El amor de una mujer habría podido cambiar por completo la vida de aquel ser vulnerable y encantador; pero, durante su breve carrera, él no ha conocido más que breves amorios con actrices que se apresuran a olvidar al cambiar de ciudad. Sin embargo, sueña con casarse con una amiga de la infancia, Aloysa Weber, que quiere ser una cantante célebre.

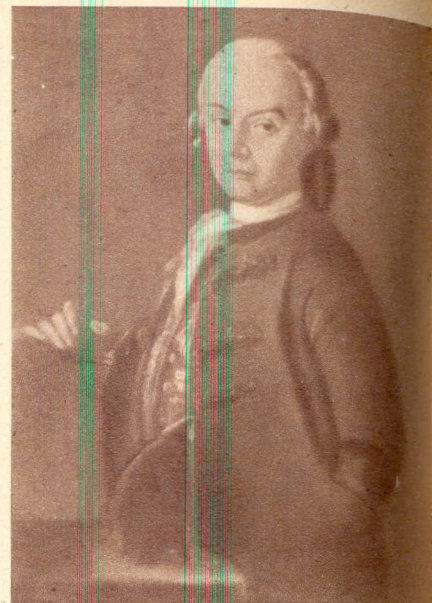
Seducido por las coqueterías de la joven, Wolfgang promete reservar el papel principal en todas sus óperas. Pero la gloria del compositor se hace esperar y Aloysa tiene impaciencia de triunfar. Al cabo, se aparta de su pretendiente y se casa con un administrador de teatro. Más tarde, cuando le pregunten por qué rechazó a Mozart, se contentará con responder:

—¿Qué queréis? ¡Pensaba que aquel muchacho no tenía ningún talento ni ningún porvenir!

Herido en su amor propio. Mo-



ANA MARIA PERTL, madre de Mozart.



LEOPOLDO MOZART, el padre de Wolfgang.

zart se dirige entonces a la hermana de Aloysa, la bella Constancia. En cuanto se entera de los sentimientos de Wolfgang por su segunda hija, la señora Weber, que trataba de "colocar" a sus hijas lo más pronto posible, obliga al joven a firmar un contrato por el cual se compromete a casarse con Constancia o pagarle 300 florines anuales.

A pesar de ese extraño arreglo, Mozart se decide a casarse con aquella novia por sustitución. En verdad, Constancia dista de ser mujer que hubiese necesitado Mozart para preservar de sus propios defectos. Malgastadora, caprichosa, casquivana, es incapaz de asegurarle la vida apacible que necesitaría para continuar su obra.

Juntos, pues, sufren privaciones que un poco de previsión les hubiese ahorrado. Un amigo que va a visitarles les encuentra una noche bailando:

—No creáis que es por placer —le dice Mozart—. Es para calentarnos. No tenemos dinero para comprar leña.

O O O

SERA FALSO, sin embargo, creer que Mozart no conoció el éxito en su vida: Las Bodas de Figaro obtuvieron en Praga un verdadero triunfo. Pero esa maravi-

5, su mujer le sacude: el copista vendrá a las 7 y el trabajo no está listo. Mozart se lava, sonríe y reanuda el trabajo. Una hora después la obertura está terminada y cuando llega el copista, Mozart duerme como un bendito en su cama.

El éxito de Don Juan incita al emperador Francisco José a nombrar a Mozart compositor de la corte en sustitución de Glück, que acaba de morir. Sin embargo, estimando que Mozart está menos dotado que el difunto, sólo le fija un salario de 800 florines, cuando su predecesor ganaba 2.000. ¡Qué importa! Con 800 florines, Mozart está seguro de poder vivir decentemente y por primera vez desde su matrimonio mira lo porvenir sin inquietud.

Pero se regocija demasiado pronto: gastadas por el trabajo y las vigiliadas, sus fuerzas le abandonan. Una "enfermedad del pecho", complicada por una afección nerviosa, le obliga a guardar cama. Ardiendo en fiebre, escribe no obstante, una ópera de una gracia aérea, sobrenatural: "La Flauta Mágica".

Demasiado débil para concurrir al estreno, imagina el espectáculo apoyado en sus almohadas y murmura: "Las 8... Ahí está el público... Llega el director de orquesta... Algunos golpes de batuta. Ataca la obertura. "Dur-

de demostraciones de estimación y de afecto inolvidables, el público, ocupado en la querrela de Gluck y Paccini, le dispensa esta vez un recibimiento distraído. Casi todos los directores de teatro le vuelven las espaldas. Uno de ellos, Le Gros, que le ha pedido un cuarteto, olvida, sencillamente, hacerlo ejecutar.

Habiendo enfermado Leopoldo Mozart en Salzburgo, el joven Wolfgang ha venido a Francia con su madre; pero, para colmo de desgracia, ésta enferma a su vez y tiene que guardar cama, temblando de fiebre, en un cuartito de la Salzada de Antin. Wolfgang, que entonces cuenta 22 años, corre por la ciudad y mendiga de sus amigos y conocidos el dinero necesario para pagar a los médicos y las medicinas.

Durante esa agonía, que durará 18 días, ninguno de sus protectores de antes accede a socorrerle en sus dificultades. Una noche, al regresar a su alojamiento cansado, desanimado por el fracaso de todas sus gestiones, encuentra a su madre muerta. Saolo, la acompañará al cemen-

terio y le sepultura siempre de-
cía Haydn—: es Mozart. Sería
una lástima dejarle a la poste-
ridad el cuidado de rendirle el
homenaje que merece.

El amor de una mujer habría podido cambiar por completo la vida de aquel ser vulnerable y encantador; pero, durante su breve carrera, él no ha conocido más que breves amores con actrices que se apresuran a olvidar al cambiar de ciudad. Sin embargo, sueña con casarse con una amiga de la infancia, Aloysa Weber, que quiere ser una cantante célebre.

Seducido por las coqueterías de la joven, Wolfgang promete reservar el papel principal en todas sus óperas. Pero la gloria del compositor se hace esperar y Aloysa tiene impaciencia de triunfar. Al cabo, se aparta de su pretendiente y se casa con un administrador de teatro. Más tarde, cuando le pregunten por qué rechazó a Mozart, se contentará con responder:

—¿Qué queréis? ¡Pensaba que aquel muchacho no tenía ningún talento ni ningún porvenir!

Herido en su amor propio. Mo-

ANA MARIA PERTI, madre de Mozart.

zart se dirige entonces a la hermana de Aloysa, la bella Constanza. En cuanto se entera de los sentimientos de Wolfgang por su segunda hija, la señora Weber, que trataba de "colocar" a sus hijas lo más pronto posible, obliga al joven a firmar un contrato por el cual se compromete a casarse con Constanza o pagarle 300 florines anuales.

A pesar de ese extraño arreglo, Mozart se decide a casarse con aquella novia por sustitución. En verdad, Constanza dista de ser mujer que hubiese necesitado Mozart para preservarle de sus propios defectos. Malgastadora, caprichosa, casquivana, es incapaz de asegurarle la vida apacible que necesitaría para continuar su obra.

Juntos, pues, sufren privaciones que un poco de previsión les hubiese ahorrado. Un amigo que va a visitarles les encuentra una noche bailando:

—No creáis que es por placer —le dice Mozart—. Es para calentarnos. No tenemos dinero para comprar leña.

O o O

SERA FALSO, sin embargo, creer que Mozart no conoció el éxito en su vida: **Las Bodas de Figaro** obtuvieron en Praga un verdadero triunfo. Pero esa maravilla indiscutible le dió poco dinero porque, en aquella época, los derechos de autor no se conocían y la retribución de los compositores dependía del capricho de los directores de los teatros.

Para agradecer a los vecinos de Praga la acogida que le habían hecho a su obra, Mozart escribió para ellos una de sus obras maestras más puras: la **Sinfonía de Praga**. Al mismo tiempo termina su **Don Juan**, por el cual ha firmado un contrato de 100 ducados.

La víspera de la representación, advierte que ha olvidado componer la obertura. Sentado junto a Constanza —que, para mantenerlo despierto, le recita cuentos infantiles— escribe los primeros compases, pero, muerto de fatiga, se duerme en su asiento. A la mañana siguiente, a las

LEOPOLDO MOZART, el padre de Wolfgang.

5, su mujer le sacude: el copista vendrá a las 7 y el trabajo no está listo. Mozart se lava, sonríe y reanuda el trabajo. Una hora después la obertura está terminada y cuando llega el copista, Mozart duerme como un bendito en su cama.

El éxito de **Don Juan** incita al emperador Francisco José a nombrar a Mozart compositor de la corte en sustitución de Gluck, que acaba de morir. Sin embargo, estimando que Mozart está menos dotado que el difunto, sólo le fija un salario de 800 florines, cuando su predecesor ganaba 2.000. ¡Qué importa! Con 800 florines, Mozart está seguro de poder vivir decentemente y por primera vez desde su matrimonio mira lo porvenir sin inquietud.

Pero se regocija demasiado pronto: gastadas por el trabajo y las vigiliias, sus fuerzas le abandonan. Una "enfermedad del pecho", complicada por una afección nerviosa, le obliga a guardar cama. Ardiendo en fiebre, escribe no obstante, una ópera de una gracia aérea, sobrenatural: "**La Flauta Mágica**".

Demasiado débil para concurrir al estreno, imagina el espectáculo apoyado en sus almohadas y murmura: "Las 8... Ahí está el público... Llegó el director de orquesta... Algunos golpes de batuta... Ataca la obertura... Durante tres horas, Mozart, empapado en sudor, con una sonrisa crispada en los labios, dirige con mano temblorosa una música que no oye.

Algunas semanas antes un acontecimiento misterioso había llenado su espíritu de un temor que se convertía en obsesión. Un desconocido, flaco y pálido, vestido de negro, había venido a pedirle una Misa de Requiem. Sorrido a los ruegos del compositor, se había negado a decirle el nombre del comitente, ofreció una suma considerable como precio de la obra y fijó para la entrega de la misma un plazo muy breve.

En su delirio, Mozart creía que aquel hombre era un mensajero del Más Allá y que aquel Requiem estaba destinado a ser ejecutado el día de sus propios fu-

Este cuadro de Carmontelle muestra a Leopoldo Mozart tocando el violín mientras Wolfgang toca el clavicordio, y la hermana canta.





MARIANA WALBURGA Mozart,
hermana de Wolfgang.

nerales. Persuadido de que su fin estaba próximo, empezó a trabajar inmediatamente. Más tarde —demasiado tarde para tranquilizarle— se supo que el extraño era un lacayo de cierto conde Walsegg, melómano y plagiarlo, que se complacía en hacer ejecutar obras de otros bajo su nombre.

Mozart quería que aquella obra superara en fuerza y belleza a todas las que había compuesto hasta aquel día, la corregía y la enriquecía con nuevas intenciones. Al cabo, demasiado agotado para seguir escribiendo, trató de darle a uno de sus discípulos, inclinado sobre su pecho, instrucciones orales acerca de la manera de terminar la obra.

"Siento en la lengua el gusto de la muerte", suspiraba. Y fue indicando con los labios el movimiento de los tambores, como expiró la noche del 4 al 5 de diciembre de 1791, a las 12 y 55.

O o O

SOLO ALGUNOS TESTIGOS asistieron a la rápida bendición del cuerpo, que tuvo efecto al día siguiente, en una capillita glacial y mal alumbrada. La esposa de Mozart se había olvidado de concurrir. En el momento en que el cortejo fúnebre se puso en marcha hacia el cementerio, se desató

MARIANA WALBURGA Mozart,
hermana de Wolfgang.

nerales. Persuadido de que su fin estaba próximo, empezó a trabajar inmediatamente. Más tarde—demasiado tarde para tranquilizarle— se supo que el extraño era un lacayo de cierto conde Walsegg, melómano y plagiarlo, que se complacía en hacer ejecutar obras de otros bajo su nombre.

Mozart quería que aquella obra superara en fuerza y belleza a todas las que había compuesto hasta aquel día, la corregía y la enriquecía con nuevas intenciones. Al cabo, demasiado agotado para seguir escribiendo, trató de darle a uno de sus discípulos, inclinado sobre su pecho, instrucciones orales acerca de la manera de terminar la obra.

“Siento en la lengua el gusto de la muerte”, suspiraba. Y fue indicando con los labios el movimiento de los tambores, como expiró la noche del 4 al 5 de diciembre de 1791, a las 12 y 55.

O o O

SOLO ALGUNOS TESTIGOS asistieron a la rápida bendición del cuerpo, que tuvo efecto al día siguiente, en una capillita glacial y mal alumbrada. La esposa de Mozart se había olvidado de concurrir. En el momento en que el cortejo fúnebre se puso en marcha hacia el cementerio, se desató sobre la ciudad una tempestad de nieve de rara violencia. Uno a uno, los cinco o seis amigos que acompañaban al féretro renunciaron a seguir y pronto no quedó nadie.

No habiendo recibido instrucciones precisas, los sepultureros no colocaron sobre la tumba ni coronas, ni flores, ni siquiera una sencilla cruz. Más tarde, apremiada por los admiradores de Mozart, Constancia buscó la sepultura de su marido. Pero, entretanto, el administrador del cementerio había muerto — y nadie supo indicar el lugar donde fueron arrojados—, una tarde de nieve y bruma, los restos de Mozart, durante su carrera, cantó insuperablemente a la bondad, a la belleza y a la alegría de vivir...